

por eso encontraremos siempre en aumento la invasión de los errores.

No encontraremos verdadera originalidad en el pensamiento filosófico mexicano, si no es en las obras del Illmo. Sr. Munguía, célebre Obispo de Michoacán; pero todavía no es tiempo de emitir nuestro juicio.

Cumple á nuestro deber manifestar que hemos tropezado con la casi absoluta falta de libros. Dificultad es esta no pequeña para cualquiera que sea pobre, y poco menos que insuperable tiene que ser para nosotros por el aislamiento en que nos encontrábamos de la capital, en atención al ministerio á que nos hemos consagrado.<sup>1</sup>

Sea de todo lo que fuere, allá va la humilde obrita con su escasez de datos, con su trivial estilo, sin más adorno que sus naturales defectos, que seremos los primeros en reconocer. Tócanos insistir en la empresa comenzada, continuar con incansable constancia buscando nuevos datos, y en todo caso, preparando el camino á escritores más afortunados, que con mayor abundancia de elementos, con mirada más vasta y penetrante, puedan presentar con menos puntos oscuros el cuadro de nuestra cultura filosófica.

Una última aclaración: la crítica será imparcial y jamás irá contra las personas, sino contra las doctrinas, cuando necesario sea.

Zinacantepec, 23 de Julio de 1895.

EMETERIO VALVERDE T.,

Presbítero.

<sup>1</sup> En Abril del corriente año vine á esta capital nombrado Cura de la Parroquia de Señor San José, por favor de mi Illmo. Prelado, á quien Dios guarde.

## APUNTACIONES HISTÓRICAS

SOBRE

# LA FILOSOFÍA EN MÉXICO

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO I.

### LA FILOSOFÍA.

I

#### EXCELENCIA Y SUBLIMIDAD DE LA FILOSOFÍA.

**C**ADA facultad del hombre tiene, como el mismo hombre, su providencial destino. Por esto cada facultad lleva consigo innata propensión al propio objeto. Cuando se alcanza dicho objeto, habiendo seguido escrupulosamente las severas prescripciones de la recta razón, se experimenta inefable placer en la legítima posesión de un bien que, por decirlo así, integra á cada facultad, que por su naturaleza es esencialmente relativa.

La más noble y sublime, la reina de nuestras facultades cognoscitivas, el entendimiento, brinda al espíritu suavísima, dulcísima satisfacción, cuando solícito, anhelante va tras de la verdad, como la mariposa sigue la luz, como el amartelado amante va en pos del objeto de su amor: y cuan-

do llega á poseerla hace que el alma saboree gratísima quietud.

Por semejante manera, vese en el orden afectivo á la graciosa soberana que lleva el nombre de voluntad, enamorada siempre del bien, al que busca con irresistible tendencia, y al que algunas veces tiene la dicha de poseer.

Sin salir de los límites de una misma facultad, es natural que, en proporción de la excelencia del objeto que se busca, y á medida que son mayores las dificultades que se arrostran en el camino que se recorre para conseguirlo, sea mayor la gloria del triunfo y por tanto más acendradas las delicias del alma.

Las verdades que científicamente demostradas y dispuestas en armónico conjunto, son el objeto de la filosofía, se encuentran ahondando mucho en el terreno de la inteligibilidad: así, los más preciosos metales se hallan más profundamente escondidos en las entrañas de la avara tierra.

Las causas y los efectos en su esencia; las más sutiles pero estrechas relaciones que los unen; las razones de ser en el orden más trascendental y alejado de la sensible observación; profundidades donde el espíritu parece que se pierde; alturas donde el alma padece vértigos; puntos apenas accesibles á las fuerzas concentradas de una vigorosa razón; abstracciones donde el entendimiento deja lejos, muy lejos el polvo de la materia, abandonando quizá los sentidos y la misma imaginación para que no estorben; lo que reclama mirada más penetrante; principios de más vasto influjo en todo género de verdades: ésto busca ansioso la mente del filósofo.<sup>1</sup>

¡Filosofía! ¡Consortio sublime de amor y de verdad! Como el alma y el cuerpo se unen con misterioso lazo para formar al hombre; así el amor, expresión de la tendencia

<sup>1</sup> En todos nuestros elogios dirigidos á la filosofía, tratamos siempre de la verdadera, pues el error debería arrancar amargas lágrimas.

del ser inteligente á la verdad, y la verdad misma se estrechan con vínculo indisoluble para formar esta ciencia que entre las humanas es la que más claramente nos revela la altura de nuestro origen, la excelencia de nuestro destino, "la línea de Dios á Dios," como tan acertadamente ha dicho el mejor y más elocuente de los filósofos mexicanos.<sup>1</sup> Es el más puro raudal de luz que brota de la humana inteligencia, "participación de la luz increada."<sup>2</sup>

Con efecto, á través de las espesas brumas que algunas veces han oscurecido el pensamiento filosófico; en medio de las vicisitudes porque ha venido atravesando desde sus orígenes ya remotos, descúbrese siempre el primero de sus elementos, *el amor*, el anhelo, la fuerza irresistible que inclina á inquirir la verdad, "*Philosophia quærit veritatem.*"<sup>3</sup> Ese amor es como la ardorosa sed que conduce al fatigado caminante al arroyo de agua cristalina que descende, desde las heladas cumbres de nuestras montañas hasta el fondo de los valles: ese amor es tan vehemente, como la insaciable ambición de mundanal gloria que ciñó de laureles la frente de Alejandro, de César y de Napoleón.

Han existido hombres ilustres, encarnaciones de ese amor, Sócrates, Platón, Aristóteles, lustre inextinguible de la antigua Grecia, de aquella Grecia inmortal que idolatraba en la belleza: Marco Tulio Cicerón, gloria la más legítima y envidiable de la tribuna romana y el que más perfectamente comprendió la hermosura de las concepciones griegas. Y cuando la voz del cristianismo llevó sus acentos hasta los confines del universo y la celestial doctrina vino á difundir su luz sobre los más profundos misterios de la razón humana, empezaron á figurar otros genios representantes de la filosofía cristiana; ¿los nombraremos á todos? Basten San Agustín y el Sol de las Escuelas.

<sup>1</sup> El Illmo. Sr. Munguía.

<sup>2</sup> Santo Tomás de Aquino.

<sup>3</sup> Juan Pico de la Mirándola.

Ahora, ¿qué es la mente sin la verdad?: ésta es la vida de la inteligencia. Sin la verdad, ni tendría conciencia de sí misma, porque estaría como el ojo sin la luz, como el oído sin las vibraciones del sonido.

¡Qué inmenso es el campo de la inteligibilidad, y por consecuencia el de la verdad! Dios, verdad infinita por naturaleza, infinitamente cognoscible é infinitamente conocido por sí mismo y en sí mismo y con un acto que es Él mismo; realidad suma, sin principio ni fin, eterno, único, incomprendible, omnipotente, bondad y belleza por esencia; en Él está la razón de ser y el tipo de toda cosa criada, el por qué de la posibilidad del incalculable número de los posibles.

Las criaturas, en su posibilidad, en su esencia metafísica, existente eternamente en Dios por inefable modo: allí existen de alguna manera las criaturas, porque, como hemos dicho, Dios es la primera causa, el eterno y perfectísimo modelo, ó arquetipo de cuanto puede participar de la existencia física; y estando así las esencias en Dios, son verdad purísima, indeficiente; "hay que distinguir el eterno conocimiento de los posibles, la eterna virtud de producirlos, el eterno fundamento de su posibilidad, y el término de estas tres cosas: aquellas son reales, son el mismo Dios."<sup>1</sup>

Las criaturas, además, en su orden propio, como criaturas, en su esencia física; puestas ya fuera de sus causas, en la realidad ó existencia fuera del mundo puramente metafísico. Así no son eternas, empezaron á ser cuando Dios en el principio de los tiempos desplegó sus labios y su querer soberano fué suficiente á fecundar la nada.

Y ¿qué diremos de la misteriosa unión entre el entendi-

<sup>1</sup> *Distinguenda sunt ergo tam aeterna cognitio possibilium, aeterna vis ea producendi, aeternum fundamentum eorum possibilitatis, tum eorum trium terminus; illa sunt realia et ipse Deus. Y en otro lugar: Possibilia contenta virtualiter in divina essentia sunt ipsa divina essentia simul cum necessitate, qua gaudet, imitabilitatis per eos modos quos distincte percipiat intellectus divinus ab eadem essentia determinatus.* Dominicus Palmieri, S. J. Inst. Philosoph. vol. 3. Theol. cap. III. Theses XXI et XXIII.

miento y la verdad? Tan difícil de decirse como difícil de pensarse; por esto los filósofos la han explicado de muy diferentes maneras: ora consistirá esa unión en el conocimiento de las ideas abstractas universales subsistentes por sí mismas ó en el divino entendimiento: ora será, por decirlo así, un estado natural del alma que desde el mismo momento de su creación recibe las ideas de todas las cosas: ya parecerá una anticipación de la visión beatífica, como soñaron los ontólogos: ya, finalmente, intervendrán en metafísica escena, el entendimiento agente, purificador de la especie sensible; y el entendimiento posible conocedor de cuanto el primero le presente con las notas de inteligibilidad.

## II

### NOCIÓN DE LA FILOSOFÍA.

En toda obra es absolutamente indispensable, antes que todo, concretar el objeto de que va á tratarse: y en la reseña histórica particular de algún ramo de los conocimientos humanos, es necesario dar, siquiera sea brevemente, la idea que el autor tiene de la ciencia, para evitar toda vaguedad y confusión. Así se allana el camino, tanto al historiador como á los lectores, y el juicio sobre escritores y obras se hace con más oportunidad y con mejor criterio.

La crítica debe tener por fundamento los eternos principios de la ciencia y el arte, y tal obra podrá ser materia de diferentes estudios críticos según sus diversos respectos. La imparcialidad, la justicia exigen que á los autores se les dé lo que merecen. Seremos enhorabuena sobrios en los elogios para huir de destempladas exageraciones que infunden desconfianza, porque acusan parcialidad ó ligereza, y por

tanto son contraproducentes. Y, ¿por qué no hemos de hacer equitativas distinciones? Hombres habrá acreedores á la mayor estimación en tales ó cuales materias, como matemáticas, física, química, historia; podrán ser eruditos admirables, excelentes lingüistas, poetas de muy alto vuelo, en una palabra, literatos que ante el mundo entero honren las patrias letras; podrán ser elocuentísimos oradores que con el prestigio de su ardiente palabra entusiasmen á los pueblos, y, sin embargo de todo esto, quizá profesen imperdonables errores filosóficos. No aduciremos muchos ejemplos, valga uno por todos y que nos toca de cerca: ¿quién negará talento y saber al *Nigromante*? ¿quién no le concederá conocimiento profundo de nuestra lengua? ¿quién pondrá en duda su inspiración poética y su severo al par que delicado gusto literario? Nadie; pero no podemos decir lo mismo en cuanto á su criterio filosófico, en la significación técnica de la palabra.

La filosofía en su sentido más general, significa el conocimiento racional y razonado que el hombre tiene de las cosas. La palabra *racional* indica en este caso la facultad del conocimiento; y la palabra *razonado* expresa el modo del conocimiento, que no sólo es de las cosas sino de su razón de ser. De esta manera considerada la filosofía abarca todos los conocimientos científicos.

Pero la filosofía es, además, en sentido estricto, una ciencia específicamente distinta de las demás: ciencia cuyo objeto formal no es el de las otras ciencias. Hablando con todo rigor la filosofía es la metafísica pura, la *prima philosophia*, la ontología. Sus primeras aplicaciones, las más inmediatas son á Dios, y aquí tenemos la teodicea; al hombre, y se forma la psicología; al mundo, y resulta la cosmología.

Si la filosofía comprende tales materias, es porque humanamente hablando, es de todo punto imposible, en el orden lógico, adquirir las ideas más abstractas, más trascenden-

tales, cuyo conjunto forma la ontología, prescindiendo por completo de Dios, del hombre y del mundo.

Las ideas más trascendentales forman la ontología subjetivamente considerada, es verdad. ¿Y el valor objetivo de dichas ideas, cómo se salva para que la ontología no sea una quimera? Ved aquí cómo, por una generación muy natural en el estudio metafísico, el estudio de la ontología intrínsecamente se amplía y perfecciona con la teodicea, la psicología y la cosmología, y todos á su vez se amplían y perfeccionan con el estudio de las derivaciones, ó mejor dicho, de las relaciones del hombre: aquí entran la idea misma ó ideología; y las relaciones de la idea con la verdad, ó la lógica. Finalmente, siendo inseparables el entendimiento y la voluntad, á la filosofía incumbe señalar y demostrar las primeras y más fundamentales relaciones del hombre como ser moral y que sientan las inamovibles bases de sus obligaciones y de sus derechos.

Seamos aún más explícitos, porque el asunto lo requiere. Para nosotros la filosofía es y debe ser: *El conocimiento racional de los primeros principios de las cosas y de sus relaciones más trascendentales.* ¿Estaríamos lejos de la verdad si nos fijáramos en las ideas como punto céntrico de la filosofía, diciendo que es: *la ciencia de las ideas en su naturaleza, en su origen común y en sus objetos más universales?* Quizá no, pues esta segunda definición parece concordar con la idea del Illmo. Sr. Munguía, de reducir toda la filosofía al *pensamiento y su enunciación*, aunque esta forma pide sus explicaciones.

Dejando aparte muchas reflexiones que la materia sugiere, volvamos á la primera definición para explicarla según nuestro modo de entender.

Los primeros principios de las cosas, como quiera que sean verdades necesarias, son reales ú ontológicos, prescindiremos ahora del modo de esa realidad. Aun considerán-

dolos en el orden puramente subjetivo, no son ideas tan absolutamente abstractas que no supongan sujeto y objeto; se forma el conocimiento y existe en el entendimiento, en el alma; y el conocimiento es la representación intelectual de su objeto. Todo objeto en la realidad, es singular; pero es, sin embargo, el fundamento real de la idea universal. Se forman pues sobre la realidad por una especie de inducción más ó menos explícita.

Apoyándonos en la generación misma de las ideas, en su íntima naturaleza, podemos asegurar que son esencialmente relativas, y acabamos de demostrarlo.

Advirtamos que, lo primero que despierta al entendimiento es lo concreto: por procedimiento espontáneo, porque no necesita reflexión, abstrae, universaliza, aunque después descienda de nuevo á ver con mejor luz aquello que le sirvió de punto de partida, y este descenso será como comprobación de las ideas.

Ya reflexionando sobre los primeros principios, parece imposible no hacer de ellos la más natural aplicación á los objetos más inmediatos, que son el entendimiento, el alma, el sujeto, el hombre, tal estudio será la psicología: sigue el objeto externo que ha excitado las facultades sensitivas á su ejercicio, y ha sido causa material y ocasional de muchísimas ideas, y estamos en el examen de los seres materiales, del mundo, ó sea en la cosmología. La explicación metafísica del hombre y del mundo nos presentará con toda claridad su contingencia, sus límites y como de la mano somos conducidos á reconocer la existencia de una primera causa cuyo estudio es la teodicea.

Sin salir del terreno metafísico, es evidente que sería incompleto el estudio cuyo plan vamos indicando, si no se hiciera reflexión sobre las mismas ideas y se escudriñara su naturaleza; esto es la ideología. ¿Pero qué es cuanto hayamos conocido, si no estamos seguros de la verdad? Para

saber en qué consiste, cuál es el fundamento de la certidumbre, ó lo que es lo mismo, para entender las relaciones entre los conocimientos y la realidad, sirve la lógica.

Entendida de esta manera la filosofía, distínguese formalmente de todas las demás ciencias inferiores. Tiene, como se ve, el objeto material de todos los humanos conocimientos; pero su objeto formal la lleva á especial universalidad, lo cual dan á entender los filósofos cuando en la definición expresan que versa sobre su objeto *per sublimiora principia*.

Así es como se ve que las distintas partes de la filosofía componen un todo, por el encadenamiento lógico de sus verdades, y desaparecen monstruosas dislocaciones.

No admitimos la idea de aquellos que comprenden en la filosofía las matemáticas y la física. Ni creemos que sea argumento que los favorezca, que los antiguos escolásticos comentaran prolijamente los libros de *physica* del Estagirita. Tales tratados son de cosmología, no de física, en la estricta acepción de esta palabra. Sirva esta indicación para apreciar en su justo valor los escritos escolásticos, y para responder á los injustos cargos que contra ellos se dirigen del lamentable atraso en que tenían á las ciencias físicas. No se dedicaron á ellas porque tuvieron otro gusto. Vendrá tiempo en que se nos eche en cara el abandono y desprecio en que tenemos á las ciencias metafísicas y teológicas, y, ¿qué responderán los que tengan empeño en defendernos? Que se nos debe perdonar la falta en atención al grande y eficaz impulso que han tenido las ciencias físicas, y que es casi imposible sustraerse al dominio del gusto general.

